

Mina, en esta empresa, manifestó su particular destreza en el mando de los guerrillas. Aunque el camino pasa por un terreno cubierto de sembrados y habitaciones pertenecientes al Marques, tal fue la habilidad y el tino del general, que su vanguardia llegó a ponerse a la vista de la hacienda, antes que el Marques tubiera el menor aviso, y si el coronel Noboa, que mandaba aquel cuerpo, hubiera seguido escrupulosamente las instrucciones que tenia, el Marques y la guarnicion hubieran quedado en manos de los patriotas. Tubieron tiempo de huir precipitadamente; los restos de la division de Castañon no tenian mucha gana de volver a medir sus fuerzas con Mina, pensando que era mucho mas seguro escoltar al Marques, con quien se retiraron a San Luis Potosi. Era ya de noche cuando la division entró en la hacienda, y Mina, que ignoraba la fuga del enemigo, sorprendido de no hallar resistencia, creyó que se le habia preparado alguna emboscada. Pero mui en breve llegó a la casa principal, a cuya entrada fué recibido por el cura, encargado de cumplimentarlo, en nombre del Marques, de de ofrecerle la hacienda y todo lo que contenia y de suplirle no hiciera daño a los edificios. Mina dió inmediatamente orden a sus tropas de que respetasen las propiedades y que se abstubiesen de maltratar a los habitantes. A estos se dió noticia de aquella orden, exigiendoles que, en caso de ser violada, diesen la queja al cuartel general, afin de que el delincuente recibiese el castigo merecido.

Al dia siguiente, por la mañana temprano, se hicieron las indagaciones necesarias para saber donde estaba encerrado el tesoro. Uno de los criados del Marques dijo que habia algun dinero oculto bajo el piso de una habitacion pequena, inmediata a la cocina. Despues de escavar una considerable profundidad, se descubrieron algunos pesos duros sueltos. Continuóse la escavacion por espacio de tres horas, y el general distribuyó algun dinero a la tropa,

la cual, sabida la noticia, acudia en tropel al sitio, para presenciar tan extraño espectaculo.

En la pieza en que se hacia la escavacion, no fueron admitidos mas testigos que D. Pedro Moreno, D. Encarnacion Ortiz, tres oficiales del estado mayor y los trabajadores: pusieronse centinelas a la puerta para impedir la entrada, y concluida la operacion resultaron, segun la cuenta del tesorero, ciento y cuarenta mil pesos.

En una esquina de la casa del Marques habia un almacen, lleno de varios articulos para el uso y consumo de la hacienda, como generos de manufactura inglesa y del pais, azucar, cacao, aguardiente y otros renglones. Los generos manufacturados hacian mucha falta a la division, y le fueron inmediatamente distribuidos, pero la cantidad, era mui pequena, y asi tocaron a poco. Todo lo demas se dejó como estaba, excepto algunos caballos y bueyes que se tomaron para la conduccion del dinero. Este se puso en carros, y en la misma tarde salió la division de vuelta al punto de donde habia salido.

Aquel dia se habia presentado un desertor de San Luis Potosi, y dijo que el Marques, cuando llegó a aquel punto, no considerandose seguro, habia pasado mas alla de la ciudad, cuyos habitantes estaban deseando que Mina se acercase, dispuestos a recibirlo con los brazos abiertos. No sabemos si el desertor dijo la verdad, pero por noticias posteriores se vino en conocimiento de que el pueblo de San Luis estaba, a la sazón, dispuesto a la revolucion.

La marcha de la division era tan lenta, por causa de la pesadez y mala estructura de los carros, que fue menester, al dia siguiente, proporcionarse algunos asnos en San Felipe y en los cercanias. A ellos pasaron las cargas del dinero y los carros y bueyes, excepto diez, fueron devueltos al Jaral. Mina mandó un recado al Marques cumplimentandolo, y asegurandole que tendria otra vez el honor de repetir la visita.

En la tarde del siguiente dia, Mina supo que se habian avistado algunas tropas en un rancho, a tres leguas del fuerte, donde la division debia hacer alto aquella noche. Decian que eran tropas enemigas, pero la partida que salió a reconocerlos dijo que eran patriotas. Antes de llegar al rancho oscureció mucho y llovió, de modo que era mui difícil hacer andar a los asnos. Al llegar al rancho, se notó la perdida de algunas talegas y despues se supo que las habian robado unos hombres de la escolta, aprovechandose de la oscuridad.

En el rancho, el general encontró al coronel D. Miguel Borja, comandante del distrito de la hacienda de las Burras, quien le dijo que el general Torres, el Dr. D. Jose San Martin y otros distinguidos patriotas, estaban en la fortaleza, adonde habian venido con animo de felicitarlo y darle la bienvenida. Mina salió por la mañana temprano a encontrarse con estos gefes, y la division, con su presa, entró en el fuerte durante la tarde, al ruido de las salvas de artilleria, nuevos anuncios de desastres para los habitantes de Leon. El dinero se puso en la caja militar, resultando ciento y siete mil duros, en lugar de los ciento y cuarenta mil que antes se habian calculado.

El gobierno español ha publicado despues, sin duda en virtud de las noticias que el Marques habrá comunicado, que la perdida espermentada por este de resultas de la toma del Jaral, subia a 306,400 pesos duros, distribuidos en los siguientes articulos :

	Pesos duros.
Dinero acuñado .....	183,300
Barras de plata y ropas .....	86,000
Generos de los almacenes .....	30,000
Maiz.....	5,000
150 bueyes a 14 duros .....	2,100
	306,400

Es mui posible que el Marques haya perdido la suma que resulta de la cuenta anterior, pero no fue la que cayó en manos de la division, y tambien se puede asegurar que dos de los renglones mencionados, son enteramente falsos. Si el Marques ha presentado esta cuenta a su gobierno, no solo ha faltado a la verdad, sino es que no se ha portado mui generosamente con Mina. Supongamos que cualquier gefe patriota hubiera entrado victorioso en el Jaral ; cuales hubieran sido los consecuencias, segun la practica uniforme de los patriotas y realistas en semejantes ocasiones ? ¿ Se hubiera respetado la propiedad y refrenado los desordenes de la tropa ? ¿ No hubiera sido saqueada la hacienda, como tambien las casas de los dependientes ? ¿ No hubieran quedado vacios los almacenes y los graneros, y arrebatado todo el ganado que hubiera podido ser habido ? Y despues de cometer estos excesos ¿ no hubieran terminado la escena poniendo fuego a la hacienda y a todo lo que no hubieran podido llevarse ? ¿ No es mui probable tambien que algunos criados del Marques hubieran perdido la vida ? Debe repetirse en honor de Mina que era sumamente opuesto a la rapiña y a la crueldad. Todas sus medidas eran suaves, y muchas veces trató al enemigo con una generosidad a que no era acreedor. Jamas castigó ni maltrató a las victimas que caian en su poder. Asi, pues, si el Marques espermentó realmente la perdida mencionada, no se debe atribuir a Mina ni a los patriotas ; quizas sus mismos dependientes se aprovecharon de la entrada de estos, y sabiendo que seria mui facil atribuirles toda clase de excesos, se hicieron dueños de lo que los vencedores habian respetado.

La entrevista del general con las autoridades republicanas en Sombrero, tubo todo el aspecto de la sinceridad. Los sugetos que en aquella ocasion visitaron a Mina, no podian menos de estar dispuestos a cooperar con el y le manifes-

taron en los terminos mas energicos y cordiales la gratitud a que era acreedor por sus importantes servicios en defensa de la libertad. El P. Torres, sin embargo, pensaba de otro modo. La popularidad de que gozaba Mina no era mui favorable a sus ideas y desde el principio lo miró como un intruso peligroso, a quien seria facil destruir la efimera autoridad que el estaba a la sazón ejerciendo.

Habiendo llegado el caso de hablar de lo que mas importaba y de tomar alguna resoluci6n sobre el hombre que en tan poco tiempo habia hecho tanto en favor de la misma causa, Torres dijo que en consideraci6n a los talentos militares y a la fama de Mina, no tenia inconveniente en ponerse a sus ordenes; al mismo tiempo, observó que siendo superior su rango al de aquel general, este acto era en el una mera condescendencia, pero como lo exigia el interes de la república, no queria perder aquella ocasi6n de manifestar su zelo. El modo con que espresó estos sentimientos no se ocultó a la penetraci6n del coronel Young, que estaba presente y que observó con la mayor atenci6n a Torres durante la entrevista.

Mina espuso a los gefes republicanos que estaba pronto a obedecer y consagrarse enteramente a su gobierno, y con la franqueza natural de su caracter les refirió los motivos que habia tenido para abrazar la causa de la emancipaci6n americana. Declaró su firme resoluci6n de perecer o triunfar; hizo ver todos sus planes, su situaci6n, las miras que iba a seguir en aquella guerra, y trató de convencerlos del auxilio que le prestarian los amigos que tenia en otras partes; les indicó la superior importancia de una cooperaci6n y les rogó que como hombres, como mejicanos y como defensores de la independencia, unieran sus esfuerzos y acciones contra el enemigo de su patria, concluyendo con espresar su intima persuasi6n de que con los socorros exteriores y con una guerra bien dirigida en lo interior, la

causa de la libertad saldria por fin triunfante y victoriosa.

Jamas se mostró Mina mas admirable que cuando declaró sentimientos tan puros y patrioticos. Los gefes de la república, y sus propios oficiales, que estaban presentes, lo oian con admiraci6n y gratitud. Aun el mismo P. Torres parecia deseoso de probarle que su amistad era cordial y sincera. Le tomó la mano y le dijo: "Seis mil hombres tengo, que puedo poner a la disposici6n de V. Si asi es, respondió Mina, voi en derechura a la capital."

Despues de la conferencia, cuando todos se habian separado, el coronel Young dijo a uno de sus compaÑeros; "Me parece que debemos confiar en todos los gefes patriotas excepto en el P. Torres, veo la envidia estampada en su rostro; nos engaña; es menester desconfiar de el y tenerlo por un enemigo de nuestro valiente general." Los sucesos posteriores acreditaron la verdad de estas conjeturas.

El punto de los Remedios, donde Torres tenia su cuartel general, estaba en el centro de un pais donde abundaban los granos de toda especie. Casi todos los habitantes eran adictos a la causa de la independencia, y estaban dispuestos a suministrar todos los recursos y provisiones que Torres les pidiese. El pais que rodeaba el fuerte del Sombrero, estaba algo mas destruido y no tan bien cultivado, y como Mina queria establecer en el fuerte su cuartel general, hasta poder levantar y equipar un cuerpo considerable de tropas, dependia de Torres para las provisiones que le eran necesarias. Pero afin de no ocasionarle mucha molestia y tener las provisiones con la posible brevedad, le dió ocho mil duros que deberian emplearse en los viveres que el fuerte necesitaba. Torres ofreció suministrarlos mui en breve. Tambien se habia decidido entre los gefes, que se tomarian las medidas mas activas para poner en pie un egercito considerable y bien organizado. Torres aseguró a Mina que

podia confiar en tener toda la gente que le hacia falta y que el mismo la reclutaria en los pueblos y ranchos que estaban bajo su mando, añadiendo que el y los suyos podian contar con una buena cantidad de armas que habian ocultado bajo de tierra.

Todo esto pareció mui bien al franco y confiado Mina: no podia ni aun soñar que hubiese quien en aquellas circunstancias tratase de engañarlo, arruinando la causa que todos defendian; se lisongeaba con la idea de que con el tiempo se conocerian mas unos a otros y estrecharian mas y mas los vinculos de la amistad, y quiso dar a Torres las pruebas menos equivocadas de la confianza que en el tenia. Para esto, mandó al coronel Noboa que pasase a los Remedios, para organizar alli, a vista de Torres y con su cooperacion, las tropas que iban a formarse.

Despues de haber pasado algunos dias en el fuerte, formando los planes de las operaciones futuras, Torres, con su estado mayor, el gobernador, el coronel Noboa y los ocho mil duros, volvió a los Remedios.

Mina se puso en correspondencia con el comandante español de la ciudad de los Lagos, afin de que pusiese en libertad al teniente Porter, que, como ya hemos dicho, fue hecho prisionero la noche antes de la union con los patriotas. Mina ofreció dar en cange de aquel oficial, cualquier numero que se le exigiese de los prisioneros que tenia en su poder. El comandante respondió, en una carta mui atenta, que le era mui sensible no poder admitir la proposicion del general, en una guerra como aquella, en que no se observaban las practicas comunes en semejantes casos; pero que habia consultado a su gefe inmediato, para que este resolviese. Pocos dias despues volvió a escribir, diciendo, que el comandante en gefe de la provincia, no solo se habia negado a los condiciones propuestas, sino que le habia prohibido tener comunicacion alguna con los rebeldes. Asi se inutilizaron los esfuerzos de Mina para salvar aquel

oficial, y el general español, por no librar a un solo hombre, segun los principios de humanidad y las reglas de la guerra en los pueblos civilizados, arriesgó el sacrificio de doscientos españoles, que eran prisioneros de Mina, y cuya vida estaba en sus manos. Estos desgraciados se espesaron amargamente contra su general cuando supieron aquella noticia. Despues se ha sabido que el teniente Porter fue trasladado a San Blas y de alli al presidio de Manila a trabajar en las fortificaciones, o a perecer quizas en los calabozos de la fortaleza.

En la conducta de Mina con los prisioneros, hubo rasgos de politica y de humanidad que merecen particular atencion. Los prisioneros hechos en San Juan de los Llanos, habian sido tratados con la mayor suavidad, y estaban llenos de agradecimiento y de estrañeza. El hecho solo de haber retirado los heridos del campo de batalla de Peotillos, produjo los mas importantes resultados entre los realistas, en favor de Mina; y mas particularmente entre las tropas españolas. En todas partes resonaban sus elogios, y aora confiesan los soldados, que cuando hacian la guerra contra Mina no peleaban por la vida y que si hubieran caido en sus manos, sabian que serian tratados como soldados y como hombres. Tambien se ha sabido posteriormente que los militares españoles hablaban con mucha frecuencia de Mina y que muchos de ellos estaban resueltos a aprovecharse de la primera ocasion que se presentase de pasar a sus banderas. Los prisioneros de San Juan de los Llanos querian alistarse a sus ordenes, y como deseaba aumentar su fuerza por todos los medios posibles, y el dinero tomado en el Jaral le proporcionaba los recursos necesarios, les dirigió una arenga en que les manifestaba que estaba pronto a recibir al que voluntariamente se presentase. Al mismo tiempo les declaró que todo el que no estuviese perfectamente resuelto a cumplir con su deber como soldado de la republica,

podía pedir su pasaporte y retirarse a su casa, para lo cual se le daría la suma que podría necesitar. La proposición de Mina fue aceptada con grandes aclamaciones de alegría, y a la excepción de cuatro o cinco personas, todos convinieron en alistarse, prestaron juramento y se alistaron en efecto en el primer regimiento. Esta adquisición fue de la mayor importancia. Inmediatamente acudieron al fuerte reclutas de todas partes, de modo que Mina se persuadió que muy en breve tendría un hermoso regimiento de infantería, con tal que el enemigo permaneciese quieto algunas semanas más.

Algunos de los oficiales de la Guardia de Honor pasaron al primer regimiento y el coronel Young fue nombrado inspector general de la provincia. La administración de la división se formó bajo otro pie; se pagaron las tropas; estas se manifestaban muy satisfechas; la confianza que tenían en los jefes crecía por instantes y todo se manejaba con orden y energía. Despacharonse agentes, con fuertes sumas, a Querétaro, a Méjico y a otros pueblos en que había manufacturas, para comprar lienzos, paños y otros renglones de que los oficiales y soldados necesitaban. En Villa de León, se hicieron contratos con los realistas para suministros de zapatos y sombreros, y en el fuerte se construyó un depósito de armas. Emplearonse los sastres de la división y muchos del país, en hacer uniformes; se estableció una armería bajo la dirección de un oficial de la guardia de honor y se tomaron otras muchas disposiciones que no solo denotaban talento y previsión en el general, sino zelo y buena conducta en los individuos de la guarnición.

Trajéronse de la Villa de León, todos los renglones necesarios no solo para el sustento, sino para el regalo de las tropas, y como estas tenían dinero, en breve se organizó en el fuerte un mercado, igual y quizás superior, a muchos de

los de las ciudades de la llanura. Las tropas, arrinconadas en la cima de una roca pelada, no pensaban más que en la gloria que iban a adquirir: los hechos pasados estimulaban sus esperanzas de coger nuevos laureles, y ya deseaban con ansia el día en que se les diese la orden de marchar en derecha a la capital del reino de Méjico.

La general satisfacción que reinaba entre los oficiales y soldados de la división de Mina, solo fué interrumpida por la avaricia de un oficial de los patriotas mejicanos, que solo trató de amontonar dinero.

Una gran parte del que se había tomado en la hacienda, estaba acuñado en Zacatecas, con el cuño particular de la provincia, donde había sido preciso tomar este recurso, por hallarse interrumpida la comunicación entre las provincias del Norte y las del Sur. El metal era muy puro, mas abierta la comunicación, como el cuño era malo, esta moneda solo corría en las ciudades grandes donde era conocido su valor intrínseco. La especulación que se podía hacer con esta clase de dinero, era demasiado ventajosa para no llamar la atención de aquel oficial. Mandó publicar un bando en que se decía que los duros de Zacatecas solo tendrían el valor de cuatro reales; con lo que, disgustó mucho a los soldados que tenían aquella clase de moneda. Muy en breve se supo, que el tal sugeto, compraba los duros al precio que el mismo había fijado, y los enviaba a León o Lagos, donde los vendía por su legítimo precio, ganando de este modo cincuenta por ciento a costa de los soldados. También se averiguó, que valiéndose de la ignorancia en que estaban los individuos de la división de los usos del país, monopolizaba muchos generos en el mercado, y los vendía a la tropa por el doble de su valor. De todo esto se dió cuenta a Mina, pero estando el fuerte bajo las ordenes de otro, no creyó conveniente entrometerse en estos pormenores y no se dió por entendido.

Parecerá extraño al lector que los patriotas pudieran comprar tan fácilmente las provisiones de que necesitaban en las ciudades realistas. He aquí como se explica esta singularidad.

Los patriotas y los realistas estaban muy interesados en mantener las relaciones mercantiles entre los países que les estaban respectivamente sometidos. Los realistas sabían que si no lo hacían así, los pueblos morirían de hambre, porque sus contrarios, que podían hacer la guerra en pequeñas partidas, estaban siempre rodando entorno de las poblaciones ocupadas por las armas reales, sin permitir que saliese ni entrase nada en ellas, sino es con la autoridad de un pasaporte. Los comandantes de ambos partidos los franqueaban sin dificultad, pues por este medio los realistas adquirían las provisiones de primera necesidad que solo podían venir del campo, y los patriotas, los artículos de lujo que solo se encuentran en las ciudades. Así se estableció un tráfico recíproco, cargado sin embargo de derechos que unos y otros imponían a todo lo que salía y entraba. Los realistas hallaban en esta disposición mucho mayor ventaja que los patriotas, porque las provisiones que recibían los ponían en estado de poder mantenerse en los puntos que ocupaban. Su comercio prosperaba, y su hacienda pública también. Sacaban dinero de los patriotas, y al mismo tiempo los desmoralizaban y aceleraban su avasallamiento. Los patriotas en cambio, obtenían algunos generos que no eran de absoluta necesidad y las rentas que este tráfico antipolítico producía, en lugar de ser útiles a la patria, iban a llenar las cajas de sus enemigos.

En los últimos tiempos, esta especie de tráfico entre las partes beligerantes llegó a ser tan general y tan metódico, que apenas había un jefe realista o patriota, a quien no produjeran grandes sumas las licencias dadas para el cambio recíproco de las mercancías; este es el único rasgo

de suavidad que se nota en la guerra de la revolución: pero como su origen es un principio detestable de avaricia, no debe considerarse como un adelanto hijo de la civilización; porque los mismos hombres que comerciaban de esta manera, pasaban por las armas de sangre fría a sus prisioneros, y cometían las más horribles crueldades.

El general Terán, de cuyos extraordinarios talentos hemos hecho mención, había propuesto un plan a Victoria y Osorno, en el año de 1816, para apoderarse de la ciudad de Vera Cruz, marchando hacia aquel punto con sus fuerzas unidas, y tomando las posiciones necesarias para cortar los viveres a los realistas. Sabía que no había repuesto alguno en la ciudad, y que su vasta población, necesitaba, para subsistir, de una comunicación diaria con el país circunvecino. Por consiguiente, cortada ésta de repente, la sumisión de la ciudad era inevitable, puesto que hubieran llegado demasiado tarde, los socorros que pudieran venir por mar.

Si estos planes hubieran sido llevados a ejecución, es muy creíble, según datos seguros que hemos adquirido después, que la ciudad se hubiera visto obligada a rendirse, en el espacio de quince a veinte días, especialmente, hallándose entonces muy dispuestos a sublevarse la mayor parte de los habitantes principales, excepto los oficiales europeos y los empleados. La desunión de los jefes evitó que se realizase este proyecto, y esto sirve de confirmación a lo que repetidas veces hemos indicado: a saber: que si hubiera habido buena armonía entre los hombres que dirigían la revolución mexicana, la ruina del gobierno de la metrópoli hubiera sido tan pronta, como inevitable.